

¡ATENCIÓN!: ESTÁ CUTRE, PERO ES MUY VALIOSO

Es tan evidente que el edificio de la Isleta está situado en un enclave complejo, como que se trata de un edificio notable que Alicante debería conservar. Hoy todavía es salvable. Mañana, debido a los saqueos, aparentemente incontrolados, no sabemos lo que quedará de él. El edificio debería estar vallado hace tiempo: si se quisiera conservar, para preservar su estado original y si, como parece ser, se pretende derribar, para que su demolición se haga con unas garantías de seguridad que, en este momento y desde hace más de dos semanas, no tiene.

Claro que se puede decidir democráticamente que el edificio de la Isleta deba derribarse. Lo que nunca se puede decidir democráticamente es si tiene o no valor arquitectónico. Éste, es consustancial con la obra de arquitectura. En todo caso, se puede –y se debe- decidir si se conserva o no este edificio desde el conocimiento y el reconocimiento de sus cualidades. Los arquitectos que afirmamos su valor, lo hacemos basándonos en la claridad conceptual del proyecto perfectamente expresada en los dibujos, y lo hacemos desde una posición de buenos conocedores de la historia de la arquitectura alicantina de la segunda mitad del siglo XX, avalada por nuestros curriculum personales que ponemos a disposición de quien los quiera conocer.

Como, pese a todo y evidentemente, mis opiniones no son infalibles, siempre me gusta cotejarlas con el mayor número de personas posible que me puedan ayudar a corroborarlas o reconsiderarlas. Todos aquellos arquitectos a los que les he mostrado la documentación del proyecto de la Isleta se han visto sorprendidos por su calidad y, sin excepción, me han corroborado la validez de mis argumentos.

Afirmamos que el arquitecto Julio Ruiz Olmos es una figura relevante de la arquitectura alicantina del siglo XX y que la pequeña edificación de la Isleta es una obra notable. Por desgracia, la conservación de una pieza de arquitectura no es tan fácil ni tan versátil como la obra plástica de otros artistas. En muchos casos no es posible por lógicas de mercado. Por lo tanto, la desaparición de una pieza de arquitectura de interés, si se puede evitar, debe meditar muy concienzudamente. Si se reconocen o admiten sus valores podremos afirmar que la obra de arquitectura, si aún la utilidad funcional con la belleza plástica, tiene un valor incalculable.

Es cierto que el edificio de la Isleta estaba algo cutre. Por lo tanto, hasta entiendo que se haya podido utilizar este calificativo y que se haya planteado el derribo del edificio. No se está cuestionando la lógica de la decisión política inicial. De hecho, la edificación se encontraba revestida por una carpintería postiza que desfiguraba la belleza de su estado original.

Curiosamente, la desaparición de esta carpintería, en una primera actuación de desmantelamiento, ha devuelto al edificio, entre los escombros de los enseres existentes, parte de su aspecto original: el configurado por la amable terraza perimetral que protegía un prisma de cristal que albergaba un pequeño bar de verano. Por eso, el Colegio de Arquitectos de Alicante solicitó hace once días

que se hiciera una limpieza de los enseres existentes, para que los argumentos que damos los arquitectos -esos locos conservacionistas- puedan ser reconocidos in situ por los políticos que tienen que decidir, los técnicos municipales que les deben asesorar, los vecinos que quieren lo mejor para su barrio y todo aquel que tenga interés en conocer mejor la arquitectura de su ciudad. Parece ser que este acto básico de democracia ya se ha desechado. Sólo el miedo a que los valores del edificio -¡aún en estado de total abandono!- puedan argumentar a favor de su conservación puede explicar este, ahora sí, incomprensible rechazo.

Como los ciudadanos de Alicante, de la mano de la negativa de sus representantes políticos, no han querido acercarse a que se le explique las calidades del edificio, el Colegio de Arquitectos ha recuperado, gracias al ordenador, la imagen del edificio original. Mirando las perspectivas de lo que podría llegar a ser el pabellón de la Isleta que se quiere demoler, me vienen a la mente numerosas preguntas: ¿a alguien le queda dudas del valor y las posibilidades de este edificio?. ¿No se dan cuenta que una obra plástica de esa magnitud no puede destruirse desde la racionalidad humana?. ¿Dónde está la indignidad de esta pieza de arquitectura?. ¿Dónde está la dignidad de la ciudad que promueve su desaparición?. ¿Se imaginan una escultura de cualquier artista alicantino notable destruida día a día?, ¿No se dan cuenta que eso es lo que se está haciendo con la obra de un artista alicantino importante del siglo XX?. Sinceramente, ya no se que más preguntas lanzar al aire entre la indignación, la rabia, la impotencia y la vergüenza que me produce la continua respuesta de mi ciudad (cada vez menos mía, cada vez menos nuestra), hacia su patrimonio construido.

Cuando uno ve la perspectiva del interior de este pequeño edificio, se da cuenta como el revolucionario pabellón de Mies van de Rohe para la exposición Universal de Barcelona del año 1929, es recordado en esta obra tardía de Julio Ruiz Olmos que destila, por todas partes, el oficio, la experiencia y la convicción moderna de su autor. Los juegos neoplásticos de los muros, la búsqueda idílica de la caja de cristal protegida del fuerte soleamiento alicantino y el tratamiento minimalista del diseño definen un bello pabellón que expresa de forma ejemplar la confianza de aquella sociedad alicantina de los años 60 en la plástica arquitectónica moderna. Ni se imaginan ustedes lo difícil que es para un arquitecto crear una obra tan coherente como esta en la que deben confluír ineludiblemente -de forma simultánea y acertada- funcionalidad, respuesta al entorno, visto bueno del promotor, ajuste presupuestario, calidad constructiva, claridad estructural y excelencia en el diseño.

Evidentemente, dado su complejo emplazamiento, la conservación del edificio debería ir acompañada de la consecución de un uso público con un carácter social. También es cierto que podría seguir siendo una pequeña cafetería en su planta superior, de uso diurno y tranquilo. Pero, si se entiende que éste puede ser un uso molesto para los vecinos (¡cuidado, sé por experiencia que una fuente puede llegar a ser bastante ruidosa para los edificios cercanos!), se puede utilizar como oficina de turismo, como oficina municipal o vecinal, o como pequeño equipamiento cultural que albergue una biblioteca y/o una sala de exposiciones.

Otra alternativa: la caja de cristal que configura la planta superior presenta unas calidades espaciales, perfectamente complementadas por el jardín existente, que permitirían conseguir un precioso espacio expositivo para esculturas de artistas alicantinos. Sería un buen complemento turístico-cultural para el entorno de playas en que se encuentra, en el que el edificio jugaría un magnífico papel, ya que la buena arquitectura de aquellos años 60 sintoniza perfectamente con la plástica contemporánea. La planta de semisótano, que alberga un espacio amplio, bien ventilado e iluminado, permitiría la exposición de obra pictórica debidamente protegida del soleamiento directo.

Paso casi todos los días por delante de la Isleta. Claro que hay que dignificarla. La mejor forma de hacerlo es la recuperación de este edificio para un uso público tranquilo y, cómo no, de la imponente vegetación que le rodea que, de forma incomprensible, también está previsto que desaparezca pese a tratarse de una iniciativa pública. Claro que está cutre, como aquellos imponentes muebles de nuestros padres o abuelos que encontramos en un desván, polvorientos, algo rotos y totalmente abandonados. Pero que luego restauramos y colocamos en el centro de nuestro salón como la pieza fundamental de la casa, orgullosos de haberlo conservado, felices por aquellos recuerdos que nos hace recordar, contentos de poder disfrutar de su belleza y sorprendidos por esa comodidad inesperada.

Alicante, 16 de marzo de 2007
Justo Oliva Meyer
Doctor Arquitecto

FOTO: PERSPECTIVA DEL INTERIOR

PIE DE FOTO: El pabellón de la Isleta rememora un espacio mítico de la arquitectura del siglo XX, la caja de cristal rodeada por el paisaje.